

abrigo de la intemperie en el aposento que en la torre de la puerta tenia el kaid.

XXX.

El infante don Juan se desesperaba entre tanto esperando la llegada de su fiel servidor.

Él no habia querido formar parte del cortejo de honor de la sultana, no fuese que llegando esto á oídos del rey sospechase, y temia que el jefe de sus escuderos, á quien habia enviado para informarse de la morada de la sultana, hubiese sido reconocido como servidor suyo, inspirado por esto sospechas y caido en prision.

Don Juan se habia obstinado por Zayda Fatima.

Era su mas próxima esperanza, la perspectiva de un tesoro en buenas y sonantes doblas de oro cendrado.

Lo que tardó en llegar el dia, y con él Ben-Tayde, fué para el infante un tormento infinito.

Recelaba que su proyecto hubiese fracasado en el principio; sabia que los kadíes moros no perdonaban género de brutal tormento para arrancar á un preso una confesion.

Don Juan habia sido esplicito con Ben-Tayde, y si este, por haber inspirado sospechas, habia sido preso y puesto en tortura, doblegado por el sufrimiento, habia vendido el secreto que se le habia confiado, el infante debia temblar por su cabeza, ó á lo menos por su libertad.

XXXI.

La llegada de Ben-Tayde y una explicacion de este tranquilizaron al infante.

Una vez tranquilo, se empezó entre señor y vasallo la elabo-

racion del proyecto que debia dar por resultado el rapto de la sultana Zayda Fatima.

Don Juan era audaz hasta lo infinito, y no era por cierto la primera vez que habia jugado su cabeza por su ambicion.

Ben-Tayde era una especie de tigre africano, fiel á su señor como un perro, y al que nada aterraba.

Maduróse entre el amo y el escudero un proyecto que espantaba por el atrevimiento, y como quince dias despues el infante hubiese recibido una carta de Castilla enviada por su mayordomo don Jonás, por un correo de confianza, llamó á su fiel escudero, se encerró con él y le dijo, mostrándole un pergamino enrollado:

—Hé aquí una carta de tu buen amigo don Jonás; óyela.

Y desenrollando el pergamino, leyó lo siguiente:

«Señor: vuestro hermano, á vueltas de un mes que hace llegó á Alcalá, donde está con su mujer y con el infante don Enrique vuestro tío y con vuestro primo hermano el infante don Juan Manuel y con vuestro enemigo, que Dios confunda, don Alfonso Perez de Guzman, ha llegado á tal extremo en su enfermedad, y á tal postracion y á tal peligro, que ya es forzoso que, rompiendo por todo, os vengais á estas tierras de Castilla, no sea que cuando vengais os hayan ganado por la mano, y llegueis tarde. Dios sea con vuestra señoría. De esta vuestra casa fuerte de los Cigarrales de Toledo, á 24 de Febrero de 1295, vuestro fiel esclavo.—*Don Jonás.*»

—¿Qué dinero tenemos, Ben-Tayde? preguntó á su escudero el infante don Juan enrollando el pergamino y guardándole en su seno.

—Mil doblas, contestó Ben-Tayde.

—Basta para comprar lorigas y capacetes y ballestas y adargas y hachas de armas; cuanto es necesario para que todos nos armemos como los golfines del Muradal: se necesita tambien una litera y dos fuertes mulas: que todo eso esté preparado en una quebrada de los montes de la parte de abajo del camino de Guadix, lo mas tarde, dentro de dos dias por la noche: que salgan para esto cuatro de mis escuderos dentro de dos dias con

cualquier pretesto: embriagarás á estos malditos escuchas de que nos tiene cercados dentro de la casa que nos dá, el señor rey de Granada: á esos perros, cuando nadie los ve, les gusta á perder el vino, y como no están acostumbrados, se embriagan con facilidad. No estaria demás que echases en el vino algo de opio; es necesario que duerman como los Siete Durmientes.

—Bien, señor, así se hará, contestó Ben-Tayde; reposad en los cuidados de vuestro fiel servidor, que no escasea por vos los peligros; pero pensad bien en que un solo punto que falte á lo que tenemos intentado nos puede costar la cabeza.

—¿Acaso no la he puesto á peligro gravísimo una y otra vez?

—Vuestro buen destino os protege.

—O Satanás, murmuró sonriendo de una manera sombría el infante.

XXXII.

Dos dias despues, por la tarde, entraron en el Albaicin por la puerta de la Alcazaba Vieja, por la Monaita, por la de Alkibla y por la de Guadix, uno despues de otro, para no ser conocidos, veintiseis de los escuderos del infante don Juan, y este mismo disfrazado de juglar, y entretuvieron el tiempo hasta que hubo cerrado bien la noche, asistiendo á la oracion de Alajá en varias mezquitas.

Despues fueron confluyendo todos al Palacio de los Mármoles por diferentes callejas.

Algo mas avanzada la noche, debia salir del palacio la primera ronda.

El plan del infante era de esos, para la realizacion de los cuales es necesario se embriague la fortuna en favor de quien los pone en práctica.

Delante del pórtico del palacio habia una pequeña plaza, en la cual desembocaban tres callejas.

Dentro de la plaza, y cerca de la desembocadura de cada ca-

lleja, se habian colocado cuatro de los escuderos, armados de espadas, puñales y ballestas.

A los dos lados de las puertas del palacio estaban pegados al muro, á ambos lados, los otros catorce escuderos con el infante don Juan.

El objeto era detener á todos los que penetrasen en la plazuela ó saliesen de alguna de las casas que á ella daban.

La órden que don Juan habia dado, tenia la fórmula siguiente:

—Una puñalada certera.

Era el mejor medio de detener y de enmudecer al que, por una mala aventura, se le ocurriese entrar en la plazuela ó salir de ella.

No tardó en ser detenido un desdichado.

Al caer, herido en el pecho, se oyó un gemido sonoro.

Aquel hombre llevaba un laud que, al chocar contra el suelo, habia producido aquella queja armoniosa.

No pasó en mucho tiempo nadie mas, y esto era de suponer.

Con arreglo á las ordenanzas reales y á las costumbres de los moros granadinos, estos se encerraban en sus casas despues de la segunda oracion de la noche, y no salían de ella sin un gravísimo motivo.

Contravenian, sin embargo, las ordenanzas, esponiéndose á una multa y algunos dias de prision los enamorados que iban á dar música á la señora de su pensamiento.

Habia además otra costumbre que ha quedado en herencia á los pueblos de Andalucía, y con la cual habia contado el infante.

Si á una dama rondaban dos enamorados favorecido el uno y celoso por desdeñado el otro, y se encontraban y reñían y se mataban, aconteciendo á veces que no iban solos, sino acompañados de sus deudos y amigos, por mas que las voces, los denuestos, las imprecaciones, el estridor de las armas y algun lúgubre grito de agonía despertasen á los vecinos, no se movía ninguno ni abría una ventana, contentándose los mas piadosos con esclamar cuando oían un grito de muerte:

—¡Allah te recoja en su misericordia!

Nuestros lugareños de Andalucía dicen, cuando oyen algo de esto, desde la cama:

—¡Dios te haya perdonado!

Rezan un Padrenuestro y un Avemaría por el difunto, y vuelven á dormirse.

El kaid recogía al muerto en aquellos tiempos, y hoy le recoge una autoridad que trae su origen y su denominación de aquella; el alcalde.

Se preguntaba entonces como hoy se pregunta á los vecinos si habian oido algo.

Los vecinos contestaban entonces como hoy, que nada habian oido.

Se les dejaba en paz, y se buscaba la prueba por otra parte.

XXXIII.

Con esta costumbre habia contado don Juan, que conocia mucho las costumbres de los moros, como quien tanto tiempo habia vivido entre ellos.

Dado caso que su intento sobre el Palacio de los Mármoles produjese algun ruido, los vecinos debian permanecer tranquilos en su lecho sin causar una alarma.

En aquel tiempo, aunque los moros conocian ya la pólvora, invencion de los árabes, no se habia inventado el medio de introducirla en un tubo de hierro para causar la potente espulsion de un proyectil mortífero.

La guardia del palacio no podia producir el alarmante estruendo de la detonacion de un arma que aún no se habia inventado, y el ruido de las espadas y de las voces no era bastante para hacer producir una alarma á los vecinos.

XXXIV.

Avanzó la noche, y la impaciencia del infante llegó á su colmo.

El cielo se habia cerrado en lóbreguez, zumbaba ronco y terrible el viento entre las estrechas callejas, y llovía copiosamente.

En marzo, estas noches de tempestad, son muy crudas en Granada.

El infante temió que, acobardado por la mala noche el viejo kaid del palacio, no saliese á hacer su ronda, cumpliendo con la vigilancia que le tenia encomendada en guarda de su hermosa hija el rey Mojammet.

Pero, en fin, cuando ya aquí, ya allá, entre los zumbidos del viento y el monótono ruido de la lluvia, se oyó el canto del gallo madrugador, marcando la media noche, el infante oyó el crujir de los cerrojos y de las llaves en la puerta del palacio, y se previno.

Se abrió un pequeño postigo, tan bajo, que para entrar ó salir por él, habia necesidad de inclinarse.

Se vió el reflejo de una luz, y poco despues asomó una cabeza cubierta por un capellar blanco y ceñida por una toca.

El puñal del infante hirió la nuca de aquella cabeza, y un hombre cayó desplomado como la res herida por el carnicero.

El infante, espada en mano, se lanzó por el postigo, hollando aquel cadáver.

Tras él se lanzó Ben-Tayde, y tras Ben-Tayde, y en un momento, los catorce escuderos que estaban junto á la puerta.

Cuatro ballesteros zenetes que encontraron detrás de ella fueron degollados antes de que, recobrados de la sorpresa, pudiesen ponerse en defensa.

El resto de la guardia dormia, y fué sorprendida y degollada tambien.

Si el infante hubiese acometido aquella empresa terrible para arrancar una fortaleza á los implacables enemigos de Dios y de Castilla, hubiérasele celebrado como una grande hazaña.

Habia empleado para el crimen un valor maravilloso.

Pero aquello no podia llamarse hazaña, era el mal hecho de un bandido que penetraba feroz y astuto en la casa ajena para robarla despues de haberla cubierto de sangre.

XXXV.

Se metió adentro el cadáver del kaid que habia quedado de bruces en el postigo, se cerró este, y el infante y los suyos se esparcieron por las avenidas del interior del palacio.

Pero se encontraron con las fuertes puertas de hierro del recinto vedado; es decir, de la especie de clausura en que vivia con sus doncellas nobles la infanta Zayda Fatima.

Don Juan blasfemó, no habia contado con aquel obstáculo.

Las puertas eran demasiado fuertes para que pudiesen ser forzadas.

Una doble coraza defendia á la hermosa hija del rey Mojammet.

—No te impacientes por esto, señor, dijo Ben-Tayde; si el hierro de estas puertas nos impide romperlas, fuera, ahí, en una calleja escusada hay un postigo que yo desencajaré con mi hacha de armas: nadie puede inquietarnos, porque de seguro que los muertos que hemos dejado en el vestíbulo no saldrán á hacer la ronda, y noche sobrada nos queda para llevar á cabo nuestro intento.

XXXVI.

Un cuidado mortal devoraba al infante.

Se hallaba en una de esas situaciones supremas en que un

traidor, dado el primer paso determinante de su traicion, se encuentra con que el éxito no ha correspondido á sus esperanzas, perdida la cabeza que habia jugado audazmente, y sin mas que esa vaga esperanza de salvacion que no se pierde sino con la vida.

Pero don Juan no era uno de esos traidores cobardes que fracasado el primer golpe se aterran y huyen.

Don Juan engrandecia su valor en relacion con el peligro.

—¡Ah! y bien, dijo, ¡cuida que con mis veintiseis no dé yo una mala noche al señor rey de Granada! ¡á qué salir y vagar y buscar otras entradas cuando estas tenemos delante? dame tu hacha de armas Ben-Tayde.

—No sabemos, señor, si cerca de estas puertas habrá otra guardia interior, y por eso aun me parece imprudente el que hablemos cerca de ellas: retirémonos, si os place, á hablar de lo que debe hacerse donde no podamos ser oidos mas que de los muertos.

El infante don Juan y sus escuderos se volvieron al vestíbulo, donde acá, allá, inmóviles sobre charcos de sangre, estaban los cadáveres de los ballesteros zenetes que tan mal habian hecho su guardia.

—Y bien, dijo una vez allí el infante; ¿no encontraremos los mismos inconvenientes cuando queramos romper ese postigo de que me has hablado?

—En primer lugar, señor, contestó Ben-Tayde, ese postigo da á los jardines, porque está al pié de una alta tapia, y no es de presumir que en ese postigo haya guardas: en segundo lugar, la otra pared de la larga callejuela, en medio de la cual está ese postigo, es la de la gran mezquita; no hay vecinos que oigan el ruido que nos obligue á hacer el desencajar el postigo: cuatro escuderos por cada parte pueden asegurar las dos entradas de la callejuela, y confio en Dios (impía confianza en la ayuda de Dios para favorecer un crimen) en que antes de una hora tendremos en nuestro poder á la hermosa infanta Zayda Fatima.

XXXVII.

El infante cedió al fin al consejo del alcaide de sus escuderos, salió con los que le habían acompañado, quedóse encajado el postigo, tomaron la vuelta de la calleja donde el otro postigo se encontraba, y llegaron á él despues de haber asegurado las dos entradas de la calleja.

XXXVIII.

Todo, fuera del zumbir del viento y del caer de la lluvia, era silencio en derredor.

Un puñado de hombres audaces acometieron como salteadores el corazón del rey de Granada, en el mismo corazón del Albaicín que á una señal de alarma, al primer toque de rebato de la campana de la Alcazaba podía arrojar á la calle cien mil bravos combatientes.

La lobreguez de la noche y el estruendo de la tempestad favorecían el crimen.

Nada tenía que temer Granada, y los kaid, temerosos del frío y de la lluvia, habían terminado muy pronto sus rondas.

XXXIX.

Ben-Tayde introdujo el fuerte astil de hierro de su hacha de armas por debajo del postigo, y ayudado por dos ó tres fornidos escuderos, alzaprímó, y rechinaron goznes y cerrojos.

Resistió, sin embargo, el postigo, se rindieron los cuatro que trabajaban para desencajarle, y los relevaron otros cuatro.

Al fin, y al cabo de media hora de esfuerzos, media hora que fué una eternidad para el infante, violentado el postigo, torcidos sus cerrojos, ofreció una abertura entre su marco y su hoja.

Cinco minutos despues, el postigo violentado dejaba el paso franco, y el infante, devorado por la impaciencia, atravesaba un jardín tenebroso, marchando sobre los largos charcos que en las ondulaciones de su terreno había causado la lluvia.

Véase al fondo, mas negra que el negro celaje, la gran masa del palacio.

En medio de aquella masa de sombra se veía el reflejo de una luz dibujando el gracioso contorno de un ajimez al través de una vidriera de colores.

Aquel reflejo fué una especie de faro que guió al infante.

Adelantó seguido siempre de Ben-Tayde y de seis escuderos, y llegó á una galería cuyos grandes arcos y cuyas esbeltas columnas se distinguían apenas entre la sombra.

Una vez dentro encontraron una puerta franca por la cual se veía una magnífica arcada, una de esas arcadas festonadas, matizadas, doradas, que se ven aún en la Alhambra.

Una lámpara de seda, pendiente de la parte media de la rica techumbre de esta galería, la alumbraba lánguidamente.

De improviso se vió brillar una luz que adelantaba proviniedo del fondo de aquella magnífica arcada.

Una sombra blanca traía en la mano aquella luz y se acercaba descuidada, sin haber reparado en ellos, á don Juan y á sus escuderos.

Aquella sombra esbelta, gentil, que respiraba juventud, dejó ver, cuando se hubo acercado, una niña como de quince años, con las largas trenzas rubias tendidas por delante sobre su blanco traje.

De improviso se vió rodeada por el infante don Juan y sus bravíos escuderos, arrojó un grito ahogado, dejó caer la lámpara, y pálida como un cadáver, se quedó mirando espantada á don Juan.

—Recóbrate, la dijo en buen árabe el infante; ningún daño te haremos; pero si no me obedeces, la eterna sombra será contigo.

La jóven cayó de rodillas, y exclamó cruzando sus manos y levantándolas en un movimiento de inmensa súplica hácia el infante.

—¡No me mateis! ¡ah, no me mateis, por el misericordioso Allah!

El infante la levantó.

La pobrecilla temblaba como una gacela acorralada por los perros.

—Ningun daño te haré, la contestó con toda la dulzura de que era capaz el infante, si eres dócil á lo que yo pretendo de tí.

—¡Ah! exclamó la jóven reconociendo á pesar de su terror á don Juan; yo te he visto en el Djene-al-Arife la noche en que se celebró la fiesta de las buenas hadas por el nacimiento del infante Ismail mi señor; llevabas telas de oro y plata y rica pedrería: yo era una de las doncellas que hacíamos de buenas hadas junto á la cuna del infante. Yo pregunté á un buen caballero quién era aquel señor que el señor rey nuestro amo llevaba de la mano, y me dijo que tú eras el rey de Castilla: un rey no puede ser perverso, señor, si no quiere que Dios le maldiga y se apodere de él Satanás.

—¡Ah, no! yo no soy malo, dijo el infante, pero me cegó la luz de la hermosura de la sultana Zayda Fatima, y como el rey no quiere darla á nadie por esposa, yo vengo por ella, porque la sultana me ama.

—¡Que te ama la sultana mi señora! exclamó con asombro y ya mas repuesta de su terror la jóven.

—Sí, contestó el infante; ¿no viste que dancé con ella?

—Se lo mandó su padre; tú eres, señor, el primer hombre que con la sultana Zayda Fatima ha danzado.

—En la danza la pedí amor, y la sultana me lo concedió; pero me dijo: mi padre ha consagrado á Dios mi castidad, yo no puedo ser tu esposa sino huyendo contigo; y la sultana me envió la llave de una de las entradas de este palacio.

El asombro de la jóven doncella crecia, estaba muda, no podía comprender lo que la decia el infante.

—Ayúdame á cumplir los deseos de tu señora, la dijo este; llévame adonde está.

—En su cámara acabo de dejarla, dijo la niña, consagrada á la lectura del Libro de la Ley.

—Guíame, dijo el infante.

Pronunció de una manera tan imperativa esta palabra, que la jóven se volvió en la direccion que antes habia traido, y emprendió su marcha, pero vacilante y como ébria.

De la arcada salieron á un bello patio cuyas galerías estaban iluminadas por lámparas.

Ningun obstáculo encontró el infante.

Aquellos lugares tan bellos, tan poéticos por el voluptuoso carácter de su soñada arquitectura, estaban completamente solitarios.

La jóven doncella torció un ángulo de la galería de aquel patio, en cuyo centro, sobre un estanque, se desplomaba la lluvia, y se detuvo en el centro de otra galería delante de un arco magnífico iluminado por una lámpara de alabastro que pendia de la caprichosa ensambladura de la techumbre.

Una gran puerta de ébano incrustada de nácar, marfil y metales preciosos, cerraba aquel arco por la parte interior: un postigo de aquella puerta estaba entreabierto.

La jóven le empujó y entró en una sala cuadrada maravillosamente labrada con una cúpula de estalactitas, semejante á una gruta de genios y de hadas, y alumbrada por una gran lámpara de nácar.

Al fondo habia otro grande y magnífico arco, cubierto por su parte interior con un tapiz de oro y seda.

Cuatro braserillos de plata de preciosa forma, colocados en los ángulos de aquella sala, exhalaban el blanco humo de olorosas resinas, y templaban gratamente la atmósfera.

XL.

—Allí está la sultana, dijo con voz trémula la jóven, señalando con una mano trémula tambien el tapiz de oro y seda.

Don Juan hizo una señal á los hombres que le seguian para que apartasen de allí á la jóven doncella, y cuando esto fué hecho, adelantó rígido y sombrío hácia el tapiz.

Llegó á él, le alzó un tanto y miró al interior.

Era un retrete octógono de alta cúpula, sustentado en dos órdenes de columnas de alabastro, delicadamente labrado, pintado, dorado.

No le alumbraba mas que la luz de una lámpara de oro puesta sobre una mesa redonda de precioso mosaico, y tan baja, que podia apoyarse en ella una bellissima jóven sencillamente vestida, que estaba echada en unos almohadones.

La jóven estaba abismada en la lectura de un gran libro que estaba abierto sobre la mesa, manuscrito en pergamino, con preciosos caracteres africanos en tinta azul y bellísimas miniaturas.

Aquel libro dejaba ver en los bordes de sus gruesas cubiertas filetes y broches de oro prolijamente cincelados.

Las trenzas negras de la hermosa jóven caian á plomo sobre el libro.

Una toca de finísimo cendal rojo adornaba de una bella y elegante manera aquella hermosa cabeza.

Una túnica roja tambien de anchas mangas perdidas venia á ser como un sobretodo bajo el cual se veia otra túnica azul.

Este tocado y estas túnicas, á pesar de la riqueza de su materia, eran sencillísimas, y no tenian otros adornos que bordados negros formando arabescos en sus bordes.

Pero contrastando con la sencillez del traje se veian medio cubiertas por las trenzas que caian descuidadas, unas magníficas arracadas de oro y rubíes encendidos, de los que en aquel tiem-

po se llamaban carbunclos, piedra preciosísima y muy rara que centuplicaba el valor del diamante.

En la bella garganta tenia en múltiples vueltas una cadena de gruesísimos carbunclos ó rubíes intensos que valian un tesoro.

Por último, los brazaletes, las pulseras que se veian en sus magníficos brazos desnudos, estaban tambien guarnecidos de gruesas piedras del mismo género.

La luz arrancaba de ellos destellos vivísimos.

Y todo aquel conjunto, la soberbia estancia apenas alumbrada por la luz de la lámpara, acrecido su efecto por grandes penumbras, la actitud elegante é indolente de la jóven, su bellissima cabeza, su encantador y melancólico semblante iluminado de lleno por la luz de la lámpara, un brazo admirable en que se apoyaba aquella cabeza, otra pequeña mano cargada de sortijas, que asía una de las hojas de vitela de aquel libro, pronta á volverla, la mesa de menudo brillante y delicado mosaico, el blanco humo de un pebetero redondo, todo esto, en fin, determinaba un cuadro de un efecto poderosamente ideal, bello y fantástico.

El zumbar del viento por fuera y el continuo son monótono de la caída de la lluvia aumentaban aquel efecto mágico.

Pudiera decirse que el infante arrojaba su mirada avara en el misterioso apartamento de una hada que abstraía su pensamiento en la lectura del libro de su ley.

Tan hermosa parecia la infanta, tan en armonía con su hermosura su poético apartamento.

XLI.

El infante se mantuvo algunos minutos absorbiendo este espectáculo.

Por un momento se olvidó de su ambicion, y solo tuvo alma